

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Aquella mujer se entusiasma escuchando al Señor. Su alma estaba abierta y atenta a sus palabras, y sin duda ha sido el Espíritu Santo quien ha entrado en ella, le ha hecho arder su corazón y le ha llenado de ese entusiasmo para llegar a atreverse a hacer en público y sin vergüenza esa declaración a voz en grito. El Señor dice que muy bien, pero con ese mismo entusiasmo, con ese mismo atrevimiento, hay que vivirlo.

Cuántas veces nosotros nos hemos entusiasmado con una meditación, con una lectura, con una charla. Si eso no ha cambiado en algo mi vida, no soy bienaventurado, y me quedo triste, como el joven rico. Por eso, es bueno pedir al mismo Espíritu Santo que ha encendido mi corazón, que me ayude a hacerlo vida.

Jesús hace un elogio muy profundo de su madre. Ella es el modelo de escucha de la Palabra de Dios, y dejar que esta Palabra guíe su vida y modele todo su ser.

Por eso, hoy le pedimos a nuestra Madre que nos conceda ese amparo celestial. Y lo hacemos de esta manera. Mira qué dice la oración colecta que hemos rezado en la Misa.

Dios todopoderoso y eterno, que en la gloriosa Madre de tu Hijo has concedido un amparo celestial a cuantos la invocan con la secular advocación del Pilar; concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor.

La fe, la esperanza y la caridad son las tres virtudes teologales.

Se llaman “teologales” porque las da Dios, y superan las capacidades naturales del hombre. Las virtudes teologales nos elevan sobre nuestra propia naturaleza, nos sitúan al borde de las capacidades divinas. Corresponde a nuestra libertad personal acogerlas y dar el paso, como hizo María, como hicieron nuestros hermanos los santos.

Se llaman “virtudes”, que viene del latín “vis”, que significa “fuerza”, “energía”.

Le pedimos “fortaleza en la fe”. Por la fe, escucho lo que Dios me quiere decir y le doy mi total asentimiento, aunque no lo entienda todo. Porque Dios es más grande, más sabio, más bueno que yo, y creo con firmeza en lo que me dice, porque es la verdad y me ama.

Le pedimos “seguridad en la esperanza”. Por la esperanza, Dios me da la certeza segura de que Él me dará lo que me promete. A pesar de todas las dificultades y vaivenes de la vida, por difíciles que sean, Dios mantiene firme su plan salvador.

Le pedimos “constancia en el amor”. El amor es el deseo del bien. Ante las dificultades, los desprecios, el sufrimiento, constantes en la búsqueda de lo que es bueno, de lo que quiere y espera Dios de mí. Porque el amor que me tiene Dios es constante: nunca se apartará de mí si yo no me aparto de Él, y no dejo que nadie me aparte de Él.

Precisamente esto es lo que vivió la Santísima Virgen. Por eso decimos que es nuestro modelo, nuestro pilar donde cogernos fuerte. Por eso hoy le pedimos que nos dé su amparo celestial, su ayuda, su protección. Que ella nos ayude a darnos cuenta cómo en esta Santa Comunión de hoy, se nos da el mismo Dios, la fuente de la fe, de la esperanza y del amor, que alimenta en nosotros estas santas virtudes que tanto necesitamos vivir, y nos da la fuerza. Como María, bien agarrada a Cristo, su pilar.